

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PASADAJE DEL COMERCIO, 11. :: APARTADO DE CORREOS 694 :: TELÉFONO 3.163 :: 16 PÁGINAS, 5 CÉNTIMOS :: 25 EJEMPLARES, 75 CÉNTIMOS :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :: AÑO II :: NÚM. 36 :: MADRID, 7 MARZO 1915



Demetrio

Ella.—Yo te juro que en el tiempo que hemos estado juntos ese hombre y yo, no ha podido pasar nada entre los dos.

El (furioso).—¡Y tienes el valor de decírmelo! ¿Tan juntos estábais?





EL TAPON

Libato Mirilla era más tonto que un entremés de aceitunas. A cualquier señor que se le ocurriese una gansada podía ir en busca de Libato, con la seguridad plena de que se la "colaba" como si fuera una verdad metafísica.

Mirilla era el regocijo de la tertulia del café, tertulia compuesta en su mayoría de señores de aspecto grave al parecer, pero más bromistas que un Carnaval.



El.—Buenc; ya eres mía, tienes que obedecerme, porque yo tengo un derecho sobre tí.

Ella.—Procúra tenerlo toda la vida, corazón mío; que mi papá, según dice la pobre mamá, lo perdió a los cuatro días.

Le hacían creer cosas estupendas, y en más de una ocasión se temió que sus facultades mentales sufrieran trastorno.

Un día uno de los concurrentes le explicó un medio eficaz para acallar a los maridos furiosos.

—Nada, amigo Libato; cuando el marido irrumpe en la alcoba en que se está llevando a cabo el embellecimiento de su cabeza, y como un energúmeno se lanza sobre el mancillador, nada es de tan eficaz resultado como mirarle fijamente, poner un guiño expresivo en los ojos y taponarle la boca. No dice ni pío.

—Será por tener la boca tapada—exclamó Libato, algo confundido.

—Naturalmente, señor. Pero para tapársela es para lo que sirve el procedimiento de que le hablo, y que usted no se explica por ser un fenómeno psicológico.

Libato se retiró algún tanto desconcertado a su casa, y dióse a pensar con ahinco.

Había encontrado, sin esperarlo, la solución de una aventura galante que le hacía retozar el cuerpo, aquel cuerpo largo y delgado que parecía una palmera disgustada.

Al día siguiente, y sin temor al marido de la belleza codiciada, dió comienzo al asedio de la fortaleza.

Ya en la tertulia cafeteril se hacían los más variados comentarios sobre la ausencia de Libato Mirilla. Cinco días sin parecer por allí era muy mucho de extrañar.

La ansiedad se explicaba, porque Libato servía de cable para lanzarse "educadas" groserías los señores tertulianos.

A través de Mirilla se lanzaban las más punzantes sátiras.

Por fin, una noche la puerta del café se abrió, dejando paso a Mirilla, y un

prolongado rumor se escuchó en la tertulia.

Mirilla traía la cara envuelta en algodones, como si fuera una expedición de plátanos.

Se le hizo asiento en medio de la tertulia, y con voz doliente y quejumbrosa, cual otro Don Quijote, comenzó así:

—La culpa de esto la tiene, señores, don Servando, al que para dicha mía no veo aquí. Me explicó un procedimiento seguro para acallar maridos enfurecidos, y vean ustedes cómo estoy.

Me explicaré. Una mujer, estupidamente hermosa, me había herido la víscera que por corazón todos conocemos. La puse la proa, y ayer, al mismo tiempo que me anunciaba su estado de casada, me ofrecía su amor.

Juntos estábamos empezando a paladear las dulzuras de aquel amor nuevo, cuando hizo aparición en nuestro nido el marido, en actitud que no admitía duda su estado de hidrofobia.

Eché mano del procedimiento de don Servando. Le miré fijo, le guiñé un ojo, y cuando le iba a poner el taponamiento salvador, me atizó un mordisco, me dió un puñetazo después, más tarde unos castañetazos... En fin, ¿para qué seguir?

¡Ah, cuando yo vea a don Servando!

Manuel Guío.

Cortesía modelo.

En un coche de primera, y haciendo su camino desde Madrid a Barcelona, va un sujeto como de unos cuarenta años, alto, robusto, que por su acento es catalán, y por el pañuelo de seda negro que rodea su cara, sufre un dolor de muelas horrible. Le ha tocado viajar en Nochebuena, y se resigna a pasarla de ese modo.

El viajero va solo, medio tumbado sobre los almohadones del coche, quejándose por lo bajo y moviéndose nerviosamente para buscar postura cómoda a su fastidiosa dolencia. De cuando en cuando se lleva a la boca una botella de aguardiente, embucha un sorbo, lo deja caer del lado de las muelas enfermas, lo sostiene dentro de la boca breves segundos y luego lo escupe por la ventanilla, lanzando un suspiro de angustia.

Así recorre kilómetros y kilómetros, sin tener más visita que la del revisor, que viene a taladrarle el billete.

En la estación de Zaragoza se abre la portezuela del vagón para ceder paso a una señora como de treinta años, alta, esbelta, elegante, con el pelo rubio, los ojos azules, el seno alto, la cintura angosta y las caderas redondas y fuertes.



El.—Pero hermana mía, ¿es que hay algo de malo en que tú digas a tu amiga Rosita que yo estoy enamorado de ella?

Ella.—Es que me temo que tomes a Rosita por una criada de casa.



—¡Pero, Juanita; me han dicho que te entregas a una vida licenciosa! ¿Es cierto?

—¡Certísimo, doña Luz! Pero es desgracia de familia; todas las mujeres de mi familia nos desgraciamos a los veinte años.

—Buenas noches—dice al entrar.

—“Deu la guardi”—responde el catalán viajero.

La señora arregla sus bártulos, se acomoda en un extremo del vagón, rodea sus pies con una manta y se dispone a descansar, mientras su dolorido compañero de viaje se vuelve y revuelve como un desesperado haciendo buchec con el aguardiente de la botella.

Así transcurren horas, y viene la mañana, y la señora abre los ojos, y el caballero la examina con los suyos, que no ha podido cerrar en toda la noche, y que están enrojecidos por el cansancio y el dolor...

El tren comienza a atravesar los túneles que facilitan su paso desde la montaña a la costa, y túnel tras túnel, van presentándose a la vista de los viajeros los paisajes espléndidos que en tales puntos ofrece la tierra catalana, acariciada por las azules y poéticas aguas del levantino mar.

La señora, a la terminación de cada túnel, saca la cabeza de la ventanilla para gozarse en la contemplación de la hermosa Naturaleza, y el caballero saca la suya por la ventanilla del lado opues-

to... para escupir. No está para paisajes él; el solo espectáculo que le agradaría fuera el representado por el gabinete de operaciones de un dentista, y esos espectáculos no existen a la salida de los túneles, ni sobre las olas del Mediterráneo.

Por fin llega el tren a la estación próxima a Barcelona; el viajero recoge su maleta, enrolla su manta, la sujeta con unas correas, y antes de abandonar el tren, exclama, dirigiéndose a la señora y quitándose cortésmente el sombrero:

—Señora, “dispénsame ustet” si en todo el camino y en los túneles “prinsipalmente”, no lo he “abrasado” ni besado, ni dado achuchones como es costumbre. Pero vamos, con este dolor de muelas ¡¡no estoy para nada!!

J. D.

BULAS

El obispo de Madrid-Alcalá y el de Madrid-Zaragoza-Alicante, han expedido bulas para que puedan adquirirse durante esta Cuaresma las “Aventuras fantásticas de Solomillo”, aun en los días de rigurosa vigilia.

Esto se debe a que su autor, Fernando Luque, es compinche de nuestro colaborador Sardina, cuya influencia en esta cuarentena del Potaje es omnimoda.



La sombrerera.—Pues, chica; yo estoy muy bien en el taller y ya gano bastante.

La cocinera.—Dime como hay que meterse a eso porque ya me voy cansando de llevar la cesta.

EL VERDE VERDE



La gorda.—¿Y cómo siendo tan guapita no te da por el lujo?

La nena.—¡Ay, no señora; yo lo que quiero es ser el ama de mi casa!

La gorda.—¡Pues, como yo; yo aquí soy el ama!

Croniquilla.

Ya iba a hacer un año que vivíamos juntos.

La conocí en el teatro, cuando debutó en una revista donde figuraban infinidad de personajes alegóricos, todos de una indumentaria caprichosa y excesivamente ligera; al día siguiente del estreno la hice que se despidiera del teatro; así es que aquel traje no lo ha llevado más que una noche.

Yo no parecía por el Casino, por los teatros ni por la Redacción; mandaba los originales desde casa y me pasaba la vida cosido a las faldas de Aurora.

Pero el otro día recibí una carta de mis compañeros donde me decían:

“Eres una mala persona si no vienes a cenar con nosotros esta noche. Hemos combinado una “juerga” de esas que entran pocas en libra. Vendrán... (aquí una lista tentadora de “ellos” y “ellas”). Si faltas, descenderás una infinidad de codos en el nivel de nuestra consideración.”

Aquello no tenía escape. Había que ir y no dejar pasar una ocasión tan deliciosa.



Uno.—Eperad un poco, que este y yo tenemos preparada una declaración y no se la hemos podido colocar a nadie.

Una.—¡Pues lo que es a nosotras os vais a ver negros!

Además, ya era justo ir costumbrándose a soltar el yugo de un amor tan continuado. Y cuando dieron las siete del día 24 le dije a Aurora:

—Oye: esta noche no tengo más remedio que salir.

—¿Tardarás mucho?

—No lo sé. Se trata de un compromiso de familia.

Y mientras yo me entré en mis habitaciones, para vestirme de pies a cabeza, ella se quedó sola en el comedor.

Al cabo de una hora, mi “toilette” estaba hecha. Busqué a Aurora para despedirme.

Por el pasillo vi dada toda la luz del comedor, y hacia ella me dirigí. ¡Magnífico espectáculo! La mesa aparecía puesta, con un esplendor casi babilónico.

Pero no fué esto sólo lo que llamó mi atención: lo que me dejó pegado al suelo, sin saber qué decir, fué la presencia de Aurora. Se había vestido con el traje aquel del personaje alegórico que representó una sola noche en el teatro donde la conocí.

—¿Te vas, por fin?

No supe qué contestar.

—Yo cenaré sola. Me daré el gusto de saborear todos estos manjares, y vestida así, me creeré que voy a salir a escena en la segunda representación de aquella revista. ¿Te acuerdas?

¡No había de acordarme!

Repasé con la imaginación los nombres de aquellas “ellas” que me aguardaban, y comparándolas con Aurora... ¡me quedé a cenar en casa!

Fué una segunda representación de más éxito que la primera.

Simón Rivolar.

CANTARES

Eres fuerte de placeres
y manantial de tormentos;
por eso mis coplas tienen
alegría y sentimiento.

Tienen: tu cara, alegría,
y hechizos tus labios rojos,
y una inmensidad sombría
la maldición de tus ojos.

Tu esbelto talle, ternura;
tu seno, dulces promesas,
que embriaga con su dulzura
lo que con tu aliento besas.

Que descifre adivinanzas
me pides, bella lectora;
no la habrá tan seductora
ni de tantas añoranzas
como en tus ojos de mora.

Manuel de Bilbao.

EL VIEJO VERDE



- Yo hace mucho tiempo que odio a los hombres.
—¿Pues y ese ayuda de cámara tan buen mozo...
—¡Eso qué tiene que ver con el cariño!

EL VIEJO VERDE

Los humoristas



Antonio Morillas o *Roque-For*, que es el seudónimo que le han discutido hace unos días (lo que no han podido discutirle es el ingenio); es un humorista que tiene que dar mucha guerra a los señores serios, porque mientras él escriba no hay más remedio que reírse ¡por artículos! Antonio Morillas es andaluz, y escusamos decirles a ustedes que tiene un *ange* que le coge todo el cuerpo. No nos atrevemos a hacer un chiste a un *tío* que cuando se le dice que defina *la gracia*, pregunta con los ojos muy abiertos, ¿Y eso que e?

Romanones, Consuelito y mi chaleco

Noche de sábado. La niebla envuelve en un blanco sudario húmedo a la ciudad.

Salen la gente de los teatros. Comienzan a desfilan parejitas camino de los bailes. Por las aceras ya se distinguen, detenidas por las esquinas, las siluetas inquietantes de las brindadoras de amor.

Yo—incorregible noctámbulo—, en esta noche de bailes, de zambra y de holgorio, me he despedido de mis amigos temprano. Y marché hacia mi casa, con un gesto heroico de hombre prudente. Con el heroísmo y la prudencia del que tiene por todo capital quince céntimos.

A la puerta de un café céntrico, un vendedor ha fijado en la pared, pen-

dientes de unas cuerdas, varios periódicos.

Yo, al pasar, les he dirigido una mirada. En la portada de un semanario satírico he visto una caricatura ingeniosa, cáustica, del conde de Romanones. Me he detenido un momento para admirar el dibujo y leer el pie, en el que con cierta gracia incisiva y mordaz le llaman "fresco" al jefe del partido liberal.

Me sonrió un poco indignado; yo siempre he sentido una especial simpatía personalísima por D. Alvaro...

En esto ha girado la puerta del café



¡Qué sueño más delicioso he tenido!... ¡Claro que

y ha salido, seguida de una anciana, una mujer joven, bonita, gentilmente embosada en una capa azul

Me detengo a mirarla y ella me mira también. La reconozco y ella a mí.

—¡Chiquillo!

—¡Consuelito!

Y nos saludamos con un cordial apretón de manos.

Consuelito es morena y sevillana. Tiene los ojos negros, los labios rojos, la risa franca, la charla picara. A su cuerpo, menudito y cimbreño, dan un encanto púber las suavísimas contornea-

das turgencias de sus senos y sus caderas.

Consuelito ha estado en el cine y luego en el café. En el cine, una película le ha puesto un poco triste. En el café, la música ha dado a su tristeza un leve tinte de melancolía.

Hablamos de cosas pasadas. Al llegar a la Puerta del Sol, daba la una en el reloj de Gobernación.

Consuelito tiene ganas de pasear y ha despedido a la acompañante, que ha marchado sin hablar palabra, con su pisito corto, recatado, silencioso...



que es un sueño, porque en la realidad, no hay quien!

Consuelito me cuenta, mientras paseamos, su historia: una historia como casi todas las historias.

Yo conocí a Consuelito en Sevilla, de novia de un gallardo militar, amigo mío. Era entonces Consuelito una señorita gentil, alegre, un poco traviesa, un mucho coqueta, que sabía bailar con gracia una petenera y tocar el piano y contestar agudamente a los piropos.

Ahora Consuelito es una linda pecadora que ha olvidado al gallardo militar, que tiene un pisito coquetón y recatado y un respetable amigo, D. Casimi-

EL VIEJO VERDE

ro, que reemplaza al militar y paga el pisito y el coche y la capa azul con vueltas rojas... Y andando, andando, a través de las calles enturbiadas por los grises telones de la niebla, Consuelito y yo dimos en un lugar de pecado, propicio a las citas galantes entre una muchacha alegre que se ha puesto sentimental y un muchacho sentimental que se ha sentido seductor...

Tras nosotros, se cerró misteriosa la puerta de un gabinete todo revestido de azul; azules las paredes y las colgaduras, del amplio lecho y el forro de las butaquitas, muebles e insinuantes.

Ya solos, Consuelito, recordando los tiempos en que la conocí señorita e ingenua, me abrazó un poco triste. Yo, a mi vez, la abracé un poco serio, pensando en los quince céntimos que constituían toda mi fortuna...

.....
Pero todo llega. Y con el último beso

MARIA OLIMPIA



Cupletista muy mona, que siempre gusta al público y que últimamente en Talavera de la Reina ha entusiasmado al auditorio.



Ella. Tú con tanto traje y tanto aparato, no eres explorador ni nada; para explorador mi primo, ¡vaya un niño explorando!

de Consuelito, surge ante mí el conflicto. Ha llegado el momento de pagar el alquiler de este gabinetito, tan coquetón, tan lindo, tan azul, que nos ha brindado la molición de su encanto durante una hora...

Yo registro mentalmente mis bolsillos. La realidad, misérrima y cruel, se impone. Al fin, confieso mi cuidado a Consuelito. Consuelito es tan cruel, por lo menos, como la Realidad. Además, mi linda amiga ríe, ríe con su pícaro cara de golfillo al ver mi afán y escuchar mis quejas.

Surge por fin a la puerta del gabinete la dueña del hostel. Yo miro su cara fofa, aletargada, en un gesto de estupidez; sus pequeños ojuelos maliciosos, su boca sumida... Me percaté de que con

esta mujer serán farrago inútil todos mis argumentos retórico-convincentes, y explano llanamente la cuestión: Hace falta pagar y no tengo dinero.

—Pues búsquelo usted o mande por él—responde bruscamente el ama con su voz desgarrada.

La prioridad de esta idea era mía. Había pensado en ello y desistido al punto. En Madrid es difícil buscar dinero; pero a las tres de la madrugada, la empresa raya en lo quimérico. A esa hora no hay dinero en Madrid ...

El ama insiste, yo porfio, el escándalo amenaza. Estoy resuelto a arrostrarlo; pero—¡corazón magnánimo!—pienso en el compromiso de Consuelito si su don Casimiro, tan bonachón, tan amable, tan fiel pagador, llegara a enterarse de esta nocturna aventura, que podrá tener su fin en la Comisaría.

Me decido, pues. Hay que dejar una prenda como fianza del pago y franquicia de puerta. Pero yo no tengo reloj, ni sortijas ni alfiler de corbata... Dirijo con pena una mirada a los dedos enjorjados de Consuelito. Pero, Consuelito, siempre sonriendo, se arregla indiferente, ante un espejo los descompuestos rizos del peinado.

Yo no quiero dejar el gabán, exponiéndome a coger una pulmonía.

Pero el ama, esta vieja ama garduña y maliciosa, ducha en tretas y componendas, halla un medio ¡y cómo no! de arreglar la cuestión: dejaré el chaleco, cuya ausencia no se notará con el gabán abotonado.

Trato de resistirme; pero el refranero, el sabio refranero, me sale al paso por boca de la sabia ama: "Al buen pagador no le duelen prendas..."

Hago un esfuerzo heroico y entrego mi chaleco en las descarnadas manos de la vieja dueña...

Salimos, Consuelito ríe sin cesar de mi aventura y habla de regalarme un blanco chaleco de piqué, que se dejó en su casa olvidado D. Casimiro una tarde de verano...

Son las tres de la madrugada. Las calles están húmedas de escarcha, blancas de niebla, llenas de inquietantes misteriosos.

Subimos por la calle de Alcalá. De los cafés, cuyas puertas están entornadas, sale un sordo rumor.

Al llegar frente a Fornos, Consuelito me detiene.

—Te convidó—me dice.

—¿Con qué?—pregunto yo en tono de zumba.

—Con esto...

Consuelito abre su bolso, saca de él un portamonedas y hace sonar unas monedas de plata.

Lo juro. Acordándome de mi chaleco, estuve tentado de ahogar a Consuelito.

Pero se reía, se reía tan gentilmente la muy pícaro, que, sin reparar que es-

taba en plena calle, le dí un beso en la boca...

Y he aquí cómo por detenerme a mirar una caricatura de Romanones, encontré a Consuelito y me pasee una noche por Madrid, sin chaleco...

Julián Fernández Piñero.



El poeta.—¡No sabes, tú lo pierdes al no aceptar las sublimidades de mi amor!...

Ella.—¡Pas unas dos pesetas!

Yo he sido siempre más serio que una petición de mano. Sonreírme yo, y organizarse festejos públicos, era de una simultaneidad cronométrica. Claro que mi familia, preocupada por la distinguida seriedad del más aplaudido de us retoños, se pasaba la vida expidiendo suspiros [con más asiduidad que si se los comprasen al peso. Tanto es así, que hubo quien creyó que en vez de pariente, les había salido un forúnculo en el cuello.

Mi vida se deslizaba, como la de esas princesitas pálidas, nostálgicas, neurálgicas y esterilizadas de nuestros menos leídos vates, entre suspiros prolongados y miradas decadentes. Todo suspiraba en torno mío. Las brisas, los pájaros, las flores, las cédulas personales... todo. Parecía que estaba en una consulta de enfermedades del estómago. Todo me inspiraba un inalterable y garantizado deseo de comenzar a dar berridos, y ponerme de lágrimas como para que el Municipio pensase en mi canalización. ¡Qué noches pasaba!... Mejor dicho, ¡qué medias noches!... ¡Peores que las del café de Lisboa!

Apenas dejaba caer mi cuerpo en la mullida lana de mis colchones, me acordaba de los reales de vellón que estaba aplastando, y me entraba un financiero, un económico deseo de amar a los recales que, sin saber por qué, daba media vuelta, después otra media, luego un intento de descabello... y me dormía.

Debía ser porque tenía sueño.

Desde Homero hasta Catalina de Médicis; desde Sócrates hasta el gobernador civil de Albacete, nadie se ha podido librar de la prosa del ronquido. Y yo, que en cuanto a ilustración soy condiscipulo de los cipayos—dicho sea sin ani-



El.—Yo quiero cerveza; una chica!

Ella.—¿Si? Pues a mí traigame un suizo, que me lo voy a comer!

mo de ofenderme—, no debía ser menos. Y roncaba... Pablo Luna y Turina son los únicos que han sabido imitarme. Pero si "por una mirada, un mundo", que dijo un baulero galante, mercantilizando la poesía de Becker; si "por un amor, otro amor", como escribió Moratín; si "por un real, un paquete de horquillas", como pregonan en la calle de Carretas, ¿por qué no "por un ronquido, un ensueño", que digo yo para no perder idealidad?

He consultado textos y no hay razón que se oponga. En vista de esto, persuadido de que la Ciencia no me prohibía el libre cultivo del jardín imaginativo y durmiente—¿eh? ¡filosofía pura!—, yo soñaba. El palacio del billar de mi fantasía se abría, después de hacer la limpieza, a las más bellas y elegantes concepciones. Florestas apacibles. Arroyos

cantarinos. El valle holandés. La loma suiza. La montaña rusa. El "toboggan". El tío vivo. Todo lo bello, todo lo adormecedor. Desde un arrullo de tórtola, hasta una inyección de morfina. Así las cosas; en aumento las ojeras que, para diferenciarme del resto de los mortales, me habían salido alrededor de los ojos, recibí un día la noticia de que se me trasladaba a Sierra Morena.

—¡Allí no voy yo! ¡Suelta! ¡Guardias! ¡Yo no voy! ¡Que me voy a encontrar con mucha gente conocida! ¡Que voy a tener la desgracia de escribir un libro de versos! ¡Que no quiero, concho!

Pero fuí. Dice el refrán que "cinco contra uno, lo llevan a la sierra". Y "a Dios rogando y con el mazo dando". Y "dime con quién andas y te diré quién eres". Y "más vale pájaro en mano, que ciento setenta y cinco volando". Y, en

fin, ¿para qué voy a exponer más argumentos con todos los chistes y cantables que tiene la obra? Pese a mis protestas, me llevaron a Sierra Morena.

Por capricho de mi familia fuí instalado en una quinta de labor, cuyo "quintero", que no se llamaba Álvarez, tenía por esposa una especie de apoplejía de hermosura. ¡Qué mujer, caballeros! Apenas me dirigió el obligado saludo de bienvenida—Bienvenida tiene un saludo obligado—, y su mano, recia y morena, se enlazó con la mía, me puse de paquidermo, de bruto y de César, que no había por donde cogerme. ¡Y yo que no quería ir a la sierra!... Un día, uno de los muchos días en que yo, siempre lánguido, catastróficamente triste, paseaba por la cañada, vi venir a la mujer del "quintero". ¡Así me hizo el corazón!... ¡No, así!... Bueno, como sea; el caso es que



—¡Ya ni me quiere mirar porque he perdido mi fortuna: qué diferencia de cuando la decía yo "estáte quieta, que te están viendo", y ella me contestaba, "si me ven que me vean"!

el corazón me anunciaba algo grato, indefinible, refinado, como el anís del Moño y los ósculos de las películas.

Si yo fuese menos filósofo diría que la negriza "gachí" de mis entrañitas "mías", como dice Rodríguez de la Borbolla, se dejaba "de" querer de una manera brutal. Pero no puedo decirlo. ¡Cano, de ninguna manera, imposible!... ¡No se pongan pesados, que no lo digo! Me contento con afirmar que la mujer aquella, hastiada de la pasividad del bueno de su marido, necesitaba un jardinero "enterado", que supiese cultivar las plantas del huerto de su voluptuosidad. Esto, además de filosófico, me ha resultado algo cursi. ¡No he podido remediarlo!

Harto de pasear por la cañada, me había tumbado en el musgo—¡ay, qué fino!—verde y frescales de un ribazo. Ella llegó hasta mí. Sus ojos despedían un fuego graneado. Yo echaba bombas. Es lo más natural. Cuando hay fuego, las bombas son de una utilidad manifiesta. Nos sentamos juntos. Hablamos largamente. Cupido comenzó a meterse en lo que no le importaba... y ¡claro!, el



Ella.—No; si no está el otro dependiente, no me despache... no sé, pero me parece que la vara del otro es más larga... vendré cuando esté.

Goya y Nadie...

Artista Fotógrafo

San Bernardo, 31

MADRID

verde musgo fué quien pagó las consecuencias. La escena fué rápida y bien interpretada. ¡Un éxito loco! Y, sin saber por qué, a partir de aquel momento, mi seriedad la "diñó" como una mujercita.

Aquí se me ocurren la mar de consideraciones científicas, justificativas del cambio operado en mi carácter. Pero las omito, deseando que ustedes me lo agradezcan en lo mucho que significan. Sin embargo, sabiendo la enorme utilidad que presto a los psicólogos, me atrevo recomendarles el ejemplo relatado, y les manifiesto, robusteciendo mi afirmación, que todos los días me hartaba de reír cuatro o cinco veces. Además—y esto no se lo recomiendo a nadie—, mi estancia en la sierra motivó un extraño aumento en el árbol genealógico del "quintero". Según dicen, aquel extraño aumento era rollizo y morenoté.

Y para terminar, afirmo que, siendo yo aficionado a los más científicos descubrimientos, y en vista de las complicadísimas causas que motivan mi risa, he resuelto reirme muy a menudo, teniendo en cuenta la razón de los tan conocidos "cuatro días que va a vivir uno en el mundo".

Y, francamente, llevo unos días que no se pueden ustedes figurar lo que estoy riendo.

Antonio Morillas.

Imp. de "El Ventidero, ---Carrera de San Francisco, 13,---Madrid.

VEJO VERDE



Una.—Oye: ¿es verdad que el conde, enamorado de tus formas, ha encargado a un escultor que haga un desnudo de ti?

La otra.—¡Ya lo creo! Lo que es que el escultor se está *hinchando* de modelar y no acaba nunca... como el conde no asiste a las sesiones... le va a costar un dineral.!

Oye Gloria: si quieres curarte completamente ese *flujo blanco*, molestisimo y peligroso, nada más sencillo; pide una c. ja de KISSEN, irrigación ideal; pesetas 2,50. Farmacia Coipel, Barquillo, 1; agradecerás el consejo.—Casilda.

FOTOgrafías artísticas del natural. Catálogo (francés o italiano). P. 1 sellos españoles. Leonard Sucer, 228 Rua Barao S. Cosme, Oporto, PORTUGAL.

Señora viuda, riquísima, desea contraer matrimonio con caballero español que haya vivido en Paris algún tiempo.

Lucía: Las calabazas que me das no tienen razón de ser; me dices que soy el más pequeño de los novios que has tenido ¡Ya no te acuerdas de cuando me decías "tienes de estatura lo menos dos centímetros más que el que más"! Entonces te parecía buen mozo.

Viuda joven y bien parecida, desea protección de uno o tres caballeros.

Se necesita una criada robusta y sufrida; tiene que aguantar a un señor muy pesado que gruñe por todo.

Hace falta una señora de compañía que esté acostumbrada a trasnochar.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida :: Los quince goces del matrimonio.
:: :: Misterios y secretos del lecho conyugal :: ::
 (Dos tomos con grabados.)

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por **cinco pesetas** en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por **cinco francos** o **un dollar**.—Los pedidos, con su importe, diríjense **únicamente a Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º dra., Madrid** (Casa fundada en 1896).—**Biblioteca privada**.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—**Exportación, por mayor, de Revistas ilustradas y periódicos** a los señores librerías y Corresponsales de España y América.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

Se publica todos los domingos

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones y saloncillos :: Colaboración de los más notables escritores :: Fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 e. empujados... 0,75 cts.
 Número suelto... 0,05 —
 Idem atrasado... 0,10 —

SUBSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 ptas.
 En el extranjero... 8 —
 En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
 Media plana... 35 ptas.
 Plana entera... 70 ptas.
 Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: PASAGE DEL COMERCIO, 11